



NUM. 49.

PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 6 DE DICIEMBRE DE 1863.

—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs., un año 90 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos.

AÑO VII.

REVISTA DE LA SEMANA.



Garibaldi ha escrito Victor Hugo enviándole su suscripcion para la compra de un millon de fusiles que el jefe italiano necesita; á este propósito le dice que para ese millon de fusiles necesitará un millon de brazos, en lo cual no ha estado en lo cierto, porque un brazo no basta para manejar un fusil, y se necesitan por

lo menos dos. De consiguiente, será preciso que Garibaldi tenga dos millones de brazos. Victor Hugo no duda que los tendrá; pero nosotros nos permitimos sobre este punto abrigar algunos recelos; porque como no es oro todo lo que reluce, y una cosa es prometer y otra cumplir, y hay mucha distancia entre decir y hacer, creemos que cuando un millon de hombres digan allá voy, con cien mil fusiles tendrá Garibaldi para armar á los que realmente vayan, y aun se podrá dar con un canto en los pechos, como suele decirse. Tal es el error de los hombres privilegiados es medir á todos por su propio corazon; ahora bien, el corazon, y sobre todo el propio, es muy mala vara de medir.

Se ha recibido el correo de la Habana y Santo Domingo. La insurreccion ha convertido en páramos las poblaciones mas importantes de esta última isla, á escepcion de la capital. Sin embargo, los refuerzos últimamente enviados han levantado considerablemente el espíritu público de los de nuestra raza, los cuales empiezan por todas partes á combatir la rebelion. Los negros han tenido en Puerto Plata un gran descalabro, habiendo dejado en el campo trescientos muertos. Las tropas españolas y dominicanas están haciendo tales prodigios de valor y entusiasmo, que parecen increi-

bles, y dejan atrás los mas gloriosos hechos que refiere la historia. Enviámosles desde aquí el testimonio de nuestras mas ardientes simpatías y del legítimo orgullo con que nos llamamos sus hermanos.

Una propuesta vamos á hacer al gobierno, que suplicamos sea acogida y secundada por nuestros colegas de la prensa política; y es que una vez pacificada la isla de Santo Domingo, aquellos terrenos del Estado que sean mas feraces y productivos se repartan entre los soldados, jefes y oficiales, españoles y dominicanos, que hayan contribuido á sofocar la insurreccion; que sean suyos en propiedad los campos que han regado con su sangre, y que se reserven dotaciones especiales para las viudas y huérfanos de los que han sacrificado sus vidas por el honor y el nombre de su patria, que representa en Santo Domingo la causa de la civilizacion.

Ya no es tiempo de retroceder. Vayan á Santo Domingo todos los refuerzos necesarios: gástese en dos meses, cuando es encaz el gasto, lo que habria de emplearse, tal vez inútilmente, en dos años. No solo lo exige la humanidad; lo pide el interés de la conservacion de Santo Domingo; lo pide el de la conservacion de Cuba y Puerto Rico, que hoy se ventila en aquella isla; lo demanda imperiosamente el honor de nuestro nombre entre los pueblos de América.

En Melilla se ha hecho un convenio entre nuestro cónsul y el príncipe El Abbas, para designar los límites. Han sido indemnizados segun parece los propietarios de la zona que queda en nuestro poder y se toman otras precauciones para evitar choques. Dios quiera que se eviten y el diablo sea sordo; y quédese esto aquí, porque no siempre se debe ó se puede decir lo que se piensa, antes bien hay que andarse con tiento muchas veces hasta para esponer la verdad mas trivial del mundo. Por consiguiente, haciendo punto y aparte, hablaremos de la estatua de la comedia que se ha colocado en la plazuela titulada de Isabel II.

La estatua dicen que es una obra monumental. Verdad es que este adjetivo se va ya aplicando á tantas cosas... La fuente de la puerta del Sol, por ejemplo, no se adjetiva de otro modo. El sitio, por otra parte, no favorece mucho á los monumentos, y asi es que otros varios que en épocas diversas se han levantado allí, han desaparecido al poco tiempo. Verdad es que no estaban rodeados de jardinillos como ahora, ni tenían un guarda especial adusto y grave que puede impedir excesos é irreverencias.

¿Pero en suma qué nos dice usted de la estatua de la comedia? nos preguntarán los lectores.—¡Ah! sí, la estatua de la comedia. La vimos á la hora de comer, y estaba rodeada del castillejo de madera que se habia levantado para su colocacion; de suerte que no pudiendo juzgar del efecto de la obra, preferimos irnos á la comedia del medio dia. Esto es cuanto tenemos que decir por hoy, y gracias: hay muchos que no han dicho otro tanto.

Al llegar aquí, un amigo nuestro nos pregunta si sabemos la historia de las obras monumentales que en aquella plazuela han precedido á la de que ahora se trata.—¡Pse! no dejamos de estar al corriente de algunos pormenores interesantes; pero los guardamos para escribir la historia de los monumentos modernos que tenemos empezada, y hemos dividido en varias secciones: 1.ª Monumentos que llegaron á levantarse y se derribaron despues; 2.ª Monumentos que no se levantaron, pero que se levantarán; 3.ª Monumentos que ni se han levantado ni se han de levantar; y 4.ª Monumentos levantados que habrá que derribar tarde ó temprano.

La junta de damas de la asociacion de beneficencia domiciliaria, ha obtenido permiso para celebrar en el año próximo una rifa pública de varios objetos, cuyos productos se invertirán en socorros á los pobres. El *Diario de Avisos* publica las señas de las habitaciones de estas señoras, á fin de que se dirijan á ellas los regalos que la caridad de los particulares quiera destinar para la piadosa obra. No hay, pues, que descuidarse: los que no tenemos nada que regalar, iremos á la rifa y dejaremos allá lo que se pueda.

En Francia se ha expedido ahora un decreto que llaman de libertad de teatros. No se crea que esto quiere decir que se da libertad á la literatura dramática, sujeta allí á la censura aun mas que entre nosotros. La libertad de teatros consistirá en que cada ciudadano pueda construir uno, cuándo y cómo la parezca. ¡Famosa libertad! Con ella ya no necesitan mas los franceses, y ella sola puede indemnizarles de todas las otras que han perdido. ¿Qué significa la pérdida de la seguridad individual, de la libertad de la prensa, de la de asociacion, de la publicidad de las discusiones parlamentarias, etc., etc., teniendo esta otra preciosísima facultad de fabricar teatros á su gusto? Felicitamos al pueblo francés por la gran ventaja que acaba de obtener, y que le constituye de hoy para siempre en uno de los pueblos mas libres de la tierra. Puede ya desde

hoy fabricarse el teatro de sus propias hazañas, el teatro de las guerras que quiera tener, el teatro de sus triunfos, el teatro de su historia, su teatro crítico, toda clase, en fin, de teatros, sin que nadie le vaya á la mano en ello. ¡Qué ganga! ¿Cuándo encontraremos aquí otra por el estilo?

El domingo último, en presencia de un numeroso y elegante concurso y por mano de S. M. la reina se verificó la solemne distribución de premios á los alumnos y alumnas del Conservatorio de música y declamación, seminario de futuros artistas, de donde han salido buenos actores, actrices y cantantes. El cultivo sin embargo de las artes es difícil, porque necesita además del estudio una especial disposición natural. Por eso no extrañamos que solo de tarde en tarde salga de esas aulas alguna que podamos llamar lumbrera del arte. Muchos alumnos y alumnas fueron premiados el domingo último y esto nos hace concebir la esperanza de ver pronto la escena cubierta de notabilidades. Encomendémoslo al cielo que sabe lo mejor y lo que nos conviene.

Siguen los espectros en el Circo y en el Príncipe, mientras en Variedades se representa la comedia ya antigua, que es al mismo tiempo una antigua pregunta: *¿Se sabe quién gobierna?* Prepáranse algunas de las acostumbradas novedades para las Pascuas. Mas en la última semana hemos andado escasos de obras nuevas.

Por esta revista y la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

ORIGEN Y NOVEDADES

DE LA PALEONTOLOGIA.

Muchos de nuestros lectores sabrán, aunque acaso lo ignoren algunos, que hay una ciencia denominada *paleontología*. Esta palabra retumbante y rara, se deriva del griego, como casi todas las que forman el tecnicismo de las ciencias; y debe ser esta circunstancia altamente lisonjera para los hijos de aquel país, hoy humillado, que un día fue patria del saber, y legó á la ciencia como recuerdo imperecedero su armonioso idioma. Compónese, pues, de tres palabras griegas la voz paleontología: *paleos*, antiguo; *onta*, seres; y *logos*, discurso.

Tiene la paleontología por objeto el estudio de los vegetales y animales, cuyas especies han desaparecido de la tierra, á la manera de familias mas ó menos ilustres, cuyo nombre hubiese bajado al sepulcro con el último de sus vástagos. Un sabio naturalista de nuestros dias escribió hace algunos años un libro titulado: *De la longevidad humana y de la cantidad de vida existente en el globo*, en el cual suponía que á pesar de la desaparición de tan numerosas especies, no ha disminuido por eso la masa de vivientes, supliéndose la inferioridad numérica de ellas con la riqueza en individuos de cada una. Los paleontólogos no se consueñan con este frío y aventurado cálculo de la pérdida de tantos tesoros de vida, y no cesan de registrar el corazón de las montañas y las profundidades de la tierra y de los mares para recoger los restos preciosos, muchos de ellos ya petrificados, de los seres que vivieron en las primeras edades de la tierra, conocidos hoy con el nombre de *fósiles*.

Parece á primera vista una puerilidad eso de ocuparse en desenterrar muertos de raza enteramente ignorada; pero lo cierto es que el descubrimiento, unas veces casual y otras intencionado, de tales restos orgánicos ha originado discusiones gravísimas, ha sido el blanco de las preocupaciones y trabajos constantes de muchos verdaderos sabios y forma el objeto de una ciencia especial, la paleontología.

El mas célebre de estos desenterradores, el creador de esta última ciencia, ha sido uno de los hombres de cabeza mas privilegiada que se ha conocido. No es esto una simple figura retórica. Cuvier (que este es el hombre de quien hablamos) era en verdad un talento de primer orden, es decir, el tipo del verdadero talento por la universalidad de sus disposiciones ó aptitudes intelectuales, por su poderosa atención y prodigiosa memoria, por el espíritu de orden, por su facilidad en expresar las ideas de palabra y por escrito, por su habilidad artística, y finalmente por una actividad, laboriosidad y paciencia tan grandes, que si como dijo Buffon, el genio no es mas que el fruto de la paciencia, Cuvier fue indudablemente un gran genio. Continuador de los trabajos, casi por nadie secundados, de Aristóteles y Plinio en historia natural, ha merecido que su nombre se escriba á la altura de los nombres de esos respetables naturalistas, superior en varios conceptos, aunque inferior en otros, á Linneo y á Buffon; contemporáneo de Lamarck, Blumenbach, Lacépède, Geoffroy-Saint-Hilaire, del celeberrimo Alejandro de Humboldt, de Canning, Walter-Scott, Brougham y Napoleon I, habiendo nacido el mismo año que los cinco últimos; la gloria de estos hombres no empañó en o. mas mínimo el brillo de la suya, antes bien, como naturalista, figuró el primero entre todos los grandes naturalistas de la época. Al mismo tiempo que Napo-

leon, su amigo, protector y admirador entusiasta, alcanzaba en Europa el dominio militar y político, Cuvier, con mas justicia y seguridad por cierto, era reconocido como jefe universal de la ciencia en el mundo civilizado.

Pero no á esto solamente nos referíamos al decir que era el hombre de cabeza mas privilegiada que quizá se haya conocido. Cuvier tenía, materialmente hablando, la cabeza muy grande. Sus admiradores se entretuvieron piadosamente en abrirla, al día siguiente de la muerte; y pesando su cerebro, resultó tener tres libras y diez onzas, es decir, una tercera parte mas de peso que los cerebros comunes. Hay otra ciencia, no menos atrevida que la paleontología, que busca en la magnitud del cerebro y en la profundidad de sus surcos el misterioso secreto del talento y del ingenio.

El ilustre baron Jorge Cuvier, que falleció en 1832, á la edad de 62 años, fue, pues, como hemos dicho, el fundador de la ciencia paleontológica y geológica, con sus *Investigaciones sobre los huesos fósiles* y la importante obra publicada con la colaboración de Brongniart bajo el titulo de *Terrenos de los alrededores de Paris*. Antes de Cuvier solo se conocían algunos hechos aislados que por falta de relacion entre sí no podían en manera alguna constituir un cuerpo de doctrina.

Los antiguos llamaron *fósiles* (de *fodere*, escavar) á todos los cuerpos hallados en el seno de la tierra fuera cual fuese su naturaleza y procedencia. Hoy se designan con ese nombre solamente los restos orgánicos mas ó menos transformados, envueltos en las varias capas que forman la corteza de nuestro planeta, exploradas hasta ahora por la activa curiosidad humana. Bernardo de Palissy, antes alfarero que geólogo, Leibnitz y Buffon fueron los primeros que fijaron su atención en los fósiles. En 1774 publicó Wesner en Leipzig un libro sobre *los caracteres estéricos de los fósiles*; y Cuvier se propuso utilizar el descubrimiento de ellos para la historia general de los animales, tomando por base su clasificación natural.

Hé aquí sus teorías y el objeto y fin de sus trabajos. Habiéndose convencido Cuvier de la imposibilidad de determinar la especie (entre las existentes) á que los huesos fósiles pertenecían, ó si tal vez procedían de especies totalmente extinguidas, no conociendo á fondo la estructura, la anatomía de las especies que todavía se conservan, fijóse en el estudio de la importancia relativa de los diversos órganos de los animales, para distribuirlos naturalmente, del mismo modo que Jussieu distribuyó las plantas. Colocó en primer lugar, como mas constantes, los órganos que forman la armazón huesosa, el esqueleto, y dividió los animales en *vertebrados* é *invertebrados*. En segundo lugar vinieron los órganos de la circulación y la respiración. ¿Tiene el animal circulación sanguínea ó carece de ella: respira con pulmones como nosotros, con branquias como los peces, con tráqueas como los insectos ó por la piel como los pólipos? Entra luego la reproducción. Según ella, unos animales son *vivíparos* y *mamíferos*; otros *ovíparos*; otros *gemíparos*, que se reproducen por brotes ó yemas; otros *fisíparos*, que para reproducirse se dividen en fragmentos. Finalmente, los órganos de la nutrición sirven para caracterizar por completo á un animal y clasificarlo. Los dientes, el estómago y los intestinos están organizados de un modo muy diferente en los animales carnívoros que en los que se alimentan de yerbas y granos; y además, sus instintos, su musculatura y la disposición de sus patas están relacionados en cada clase con el género de alimentación.

De todo esto resulta que con un hueso ú otra parte pequeña de un animal, es posible reconstruirlo idealmente, y decidir al cabo de centenares de años la especie á que pertenecía el individuo de quien procede aquel fragmento. Por este ingenioso medio imaginó Cuvier averiguar la procedencia de los huesos fósiles. Cada ser organizado forma un sistema en el cual todas las partes se corresponden mutuamente; ningun órgano puede transformarse sin que se transformen los demás; es posible, por lo tanto, deducir de un solo órgano cómo son todos los restantes.

Siguiendo esta preciosa ley de correlación, logró Cuvier ordenar la numerosa colección de huesos fósiles que poseía. Dignos son de historiarse los medios de que se valió para formar esa colección, y las investigaciones y la lucha que fueron necesarias para llevar á cabo el colosal proyecto de reorganizar la serie animal desde la creación hasta los tiempos presentes.

Mientras preparaba su clasificación de los animales y perfeccionaba los conocimientos de anatomía comparada, sin que muchos de sus compañeros sospechasen el verdadero y grandioso objeto de aquellos trabajos, Cuvier dirigió un prospecto circular á todos los sabios de Europa, en el cual les anunciaba que según sus observaciones los huesos fósiles pertenecían á especies no existentes ya en nuestros dias, y que habían sido totalmente destruidas en las catástrofes generales de que la cubierta de la tierra presenta vestigios todavía; y sin declararles el móvil de todas sus investigaciones, les invitaba á que le trasmitiesen noticia de los ejemplares relativos á ese objeto que hubiesen recogido, prometiéndoles por su parte enviarles copia exacta de las piezas que él conservaba.

Este prospecto hizo gran sensación en Europa. No se descubrió desde entonces cosa alguna de que Cuvier no se enterase, y con frecuencia se le hacia donación del objeto descubierto. De este modo llegó á ser poseedor de la colección de fósiles mas rica que existía en el mundo. Teniendo así á la vista los esqueletos de todos los cuadrúpedos hasta él conocidos, le fue fácil, con suma sagacidad y paciencia, determinar á qué especie de las existentes se aproximaba ó se parecía mas la especie fósil á que pertenecía cualquier hueso que se le presentara. Y como, según queda dicho, todos los órganos de un animal están asociados conforme á invariables reglas, bastará encontrar, por ejemplo, un diente molar ó una pata hendida, para saber que aquellas piezas pertenecen á un animal rumiante y deducir de ellas el resto de su organización, hasta determinar fijamente la especie. Así pudo Cuvier formar la historia de mas de ciento sesenta especies de animales destruidas.

No le faltaron á Cuvier contradictores. Objetósele que muchas de las especies que él daba como perdidas acaso existiesen todavía en alguna isla desierta ó poco visitada hasta entonces; ó bien que esas mismas especies podían ser tal vez progenitoras de las actuales sensiblemente modificadas por el tiempo y los climas. Para desvanecer estas objeciones, organizó Cuvier expediciones de jóvenes naturalistas á las diversas regiones del globo. Supo atraer delicadamente á los mas famosos viajeros de otros países, visitó los mas renombrados museos, estudió las medallas mas antiguas, las momias y los geroglíficos de Egipto. De este modo adquirió el convencimiento de que las especies descritas por Aristóteles ó Eliano son exactamente las mismas que hoy vemos; que el ibis embalsamado en Egipto hace dos ó tres mil años tiene la mayor semejanza con el ibis que vive en la actualidad, y finalmente, que las especies que él creía perdidas lo eran efectivamente.

También inauguró Cuvier otro estudio no menos interesante, cual es el de la aplicación de la historia de los fósiles al conocimiento de las épocas geológicas, estudio importantísimo, que ha prestado un inmenso servicio á la geología. En efecto, la distribución de los fósiles en las diversas series de capas que forman la corteza terrestre, es un medio de adivinar las alteraciones que la tierra ha experimentado y el orden con que los seres orgánicos han ido apareciendo sobre ella. Hay una época que puede llamarse primitiva ó de formación, representada por terrenos que se llaman primitivos y constituyen el frío y descarnado esqueleto de la tierra. En estos terrenos no aparece vestigio alguno de seres vivos: no hay todavía fósiles. En el período en que estos terrenos se formaron no existían aun las condiciones necesarias para el desarrollo y mantenimiento de la vida.

En el período siguiente ó segunda época geogénica (de *gé*, tierra, y *genesis*, generación), aparecen zoófitos, conchas y peces, cuerpos vivos muy diferentes de los que hoy existen, los cuales están esparcidos entre las rocas, como si los hubiesen depositado las aguas. No se presentan todavía ni grandes vegetales ni cuadrúpedos terrestres.

En el siguiente ó tercer período se encuentran ya las señales de una vegetación poderosa y los restos petrificados de especies de animales, muchas extinguidas, encontrándose en las capas mas superiores especies parecidas á las presentes.

Vienen luego terrenos que proceden de una época llamada diluviana porque tanto las tradiciones de los pueblos, como el aspecto que esos terrenos ofrecen, atestiguan la realidad de un gran cataclismo que trastornó profundamente la faz de la tierra. En estos terrenos son ya muy numerosas las especies actuales, aunque aparecen también algunas de paquidermos que no existen. No se han descubierto fósiles humanos ni aun vestigios de la industria del hombre; ni unos ni otros aparecen hasta que se llega á los terrenos modernos post-diluvianos. Sin embargo, geólogos hay que en virtud de recientes investigaciones, suponen haber descubierto huesos humanos y huellas evidentes de la acción del hombre en terrenos mas antiguos que los de transporte ó cuaternarios; y esto, como veremos luego, ha dado motivo á graves discusiones sobre la antigüedad de nuestra especie.

Esta sucesiva aparición de los seres orgánicos en el globo, ha dado pie á varios naturalistas para pretender que los primeros que se formaron fueron el núcleo, la raíz, ó mejor dicho, un ensayo ó el primer paso de la naturaleza para la formación de los seres mas complicados. Maillet suponía á los hombres descendientes directos de los moluscos. El célebre naturalista Lamarck, atribuía la producción de las diversas especies de animales al perfeccionamiento gradual de los primeros seres. Cuvier no participaba de estas opiniones. Conociendo la vanidad de los sistemas, no quiso fundar sistema alguno sobre la generación de los animales.

Lo que hasta hoy se sabe en paleontología, no solamente no basta para establecer un sistema como el de Lamarck, sino que al contrario, hace muy dudosa la transformación y mezcla de las especies en los animales superiores. Todos los descubrimientos de fósiles hechos hasta ahora de animales existentes en nuestra época, aun cuando pertenezcan á remotísimos tiempos, de-

muestran la fijeza de las especies. Desgraciadamente las exploraciones geológicas han sido poco estensas todavía. La moderna civilización no ha penetrado en los lugares primeramente habitados por nuestra especie, donde tuvo su cuna la humanidad: el día en que la ciencia profundice con su mirada indagadora aquellos terrenos, descubrirá sin duda importantísimos secretos.

Mientras tanto los paleontólogos no descansan. La cuestión de la antigüedad del hombre es ahora la cuestión favorita. Los preadamitas, es decir, los que dan á nuestra especie una antigüedad de ciento ochenta y ocho mil y hasta de nueve millones de años, están en perpetua lucha con los que defienden la cronología mosaica.

Llama actualmente la atención de unos y otros el descubrimiento hecho cerca de Amiens por el sabio Mr. Boucher de Perthes á principios de abril último de una mandíbula de hombre antediluviano. El hueso descubierto es media mandíbula no mas, bien conservada y con su cuarto diente molar. Por sus caracteres particulares, que son la mucha abertura del ángulo maxilar y la implantación de los dientes oblicuamente de delante atrás, esta mandíbula debió de pertenecer á un individuo de las razas inferiores y no á la caucásica. Su pequeñez da á suponer que el sujeto era de baja estatura, y la obliteración de algunos alveolos, que era adulto.

La importancia de este descubrimiento se debe al sitio en que se ha verificado: un banco de arena situado en una meseta que domina el valle del Somme, á 30 metros sobre el nivel del mar, y en el cual se han encontrado ya otros objetos antediluvianos, como son varios sílices ó pedernales tallados. Los geólogos están de acuerdo en considerar este terreno como de formación anterior al diluvio de la tradición bíblica. Si esa media mandíbula tiene la respetable antigüedad que se le atribuye, es una prueba mas contra la insostenible hipótesis de que el hombre procede del mono.

El descubrimiento de Mr. Boucher de Perthes, no es el único ni el primero en su clase. En 1833 escavando el doctor Schmerling, en las cavernas inmediatas á Lieja, descubrió en Engis muchos cráneos humanos, uno de los cuales está guardado en el museo de la Universidad. Este cráneo estaba mezclado con dientes de rinoceronte, de caballo, de renjifero y huesos de rumiantes fósiles, lo cual era indicio de la contemporaneidad del hombre y de esos animales antediluvianos.

Los señores Rames, Garrigou y Filhol han publicado á principios de este año un folleto, dando noticia del descubrimiento de huesos humanos y hasta cráneos bien conservados junto con sílices tallados, muestra de la industria humana, y varias especies de animales, ya estinguidas, en la caverna de Lherm (Francia, departamento de l'Ariège).

El marqués de Vibraye ha encontrado tambien en la gruta de Arcy (Francia) una mandíbula fósil en uno de los depósitos diluvianos de Cuvier.

En el mes de junio último Mr. Desnoyers, dió cuenta á la Academia de Ciencias de París, de haber visto y recogido en un terreno de las cercanías de Chartres, huesos de mamíferos fósiles con muescas ó entalladuras, indicios manifiestos de la industria humana, y pruebas de la coexistencia del hombre con el *Elephas meridionalis*, que es la mas antigua de las tres especies de elefantes fósiles, reconocidas por los paleontólogos en Europa, despues de la cual vienen el *E. antiquus* y el *E. primigenius*, que es la mas moderna y abundante especie de las tres.

En el museo de París ha visto Mr. Desnoyers una cabeza de elefante, que presenta la huella evidente de un flechazo.

Estos hechos no han sido generalmente admitidos sin discusión: tanto en el seno de las academias como en la prensa, se ha suscitado sobre ellos una animada polémica. Unos han negado su autenticidad y tachado las deducciones de precipitadas, ligeras y por consiguiente erróneas; otros han dicho, como Mr. de Beaumont, muy distinguido naturalista francés, que los terrenos pertenecen á una época geológica mas moderna que la diluviana.

Los teólogos ingleses y franceses se han alarmado en gran manera con la publicación del descubrimiento de la media mandíbula por Mr. Boucher de Perthes, y los de la caverna de Lherm, cuya autenticidad se confirma de día en día; pero á la vez estos hechos en lugar de invalidar la narración bíblica, todavía la robustecen. La ciencia sostenía hasta ahora, en virtud de investigaciones de resultado siempre negativo, que la especie humana no había aparecido en el globo hasta despues de las últimas alteraciones geológicas, es decir, hasta despues del diluvio universal; y como, segun la Biblia, el hombre comenzó á vivir de diez á quince siglos antes de esta catástrofe, enviada por Dios para castigarle, resulta que el descubrimiento de fósiles humanos de época antediluviana, viene en confirmación del aserto bíblico. Mas el verdadero nudo de la dificultad no está en eso, sino en determinar bien la respectiva antigüedad de los terrenos, en lo cual vemos notable divergencia entre los geólogos. Es evidente que el hombre apareció en la tierra el último de todos los animales, casi al mismo tiempo ó muy poco despues que los gran-

des mamíferos: en época anterior, ni estos ni nuestra especie hubieran encontrado los elementos necesarios para vivir y propagarse. La historia, pues, de la especie humana está íntimamente enlazada con la historia de la tierra; y esa gran cuestión de la antigüedad del hombre está pendiente de que se determine la antigüedad de nuestro planeta en su actual forma y disposición.

IGNACIO OLIVER DE BRICHFEUS.

COSTUMBRES AFRICANAS.

UN DRAMA EN GUMBI.

Vamos á referir dos episodios de los viajes de Pablo Chaillu por el Africa ecuatorial, parte del lúgubre cuadro de los funestos efectos que la superstición, la ignorancia y la barbarie, producen en aquella rica al par que desdichada comarca.

En setiembre de 1838, hallábase nuestro héroe en el territorio del rey Rampano, jefe de la tribu bakalé.

El rey Quengueza, soberano de Gumbi, antiguo amigo de Chaillu, que sabía los grandes deseos que éste alimentaba de conocer el territorio de los ashiras, fué á visitarle al territorio de Rampano para notificarle que era llegado el momento propicio para realizar su deseo.

Inmediatamente comenzó Chaillu los preparativos del viaje; pero cuando ya estaba todo dispuesto enfermó de alguna gravedad el rey Quengueza, y Chaillu marchó sin él á Gumbi, donde debía esperarle, completando allí en el interin los aprestos necesarios para su arriesgada expedición. Chaillu se separó afligido de su real amigo: éste mostró la mayor resignación.

Los negros de aquel país están firmemente persuadidos de que con la vida concluye todo; de que no hay una segunda vida.

A pesar de esto, temen tanto la muerte, que en algunos pueblos errantes, como el bakalés, por ejemplo, basta que sucumban dos individuos para que abandonen al momento el lugar donde se hallan establecidos.

Pero como estas traslaciones, si son muy frecuentes, les causan grandes perjuicios, sucede muchas veces que cuando ven á algun anciano próximo al fin de sus días, le espulsan de la aldea para no tener que abandonarla.

Cuando Chaillu marchaba á Gumbi, alcanzó en el camino á un pobre negro, anciano, enfermo, macilento, que apenas podía tenerse en pie.

Móvido á compasión por su miserable aspecto, quiso saber por qué viajaba hallándose en tan lamentable estado, y le llamó por señas.

El pobre negro se aproximó al *tamgani*, y le pidió humildemente un poco de tabaco, *su última alegría*.

—¿A dónde vas? dijo Chaillu.

—No lo sé, contestó.

—¿De dónde vienes?

El anciano indicó una aldea inmediata.

—¿Teneis amigos?

—Ninguno.

—¿Ni hijos, ni hijas, ni hermanos, ni hermanas?

—¡No!

—¿Estás enfermo?

—¡Sí! Por eso me han espulsado...

—¿Y qué esperas entonces?

—Morir, que es lo último.

Y siguió marchando lenta y penosamente hácia el bosque inmediato.

Algunos días despues le vieron en el bosque, sentado al pie de un árbol.

Corrieron á él y le llamaron; mas no contestó.

Estaba muerto.

¡Había llegado al fin!

Chaillu emprendió su viaje el 10 de octubre de 1838, y llegó á Gumbi el 13.

Todo el pueblo le esperaba con impaciencia, tanto por volverle á ver, cuanto porque con él debía regresar su rey Quengueza, que era muy querido.

Renunciamos á pintar el dolor de aquel pueblo cuando circuló la noticia de que el excelente Quengueza había quedado enfermo en la casa de su vecino bakalé, el rey Rampano.

Mas una circunstancia imprevista vino á distraerlos de su dolor.

Quengueza había dado á Chaillu, para que le acompañasen, diez y seis hombres; y estos eran portadores de una órden de su soberano, para que consultasen á Ilogo, espíritu que mora en la luna, á fin de averiguar las causas del mal que aquejaba á Quengueza.

La tal ceremonia es muy curiosa, y como se hallaban en el período de luna llena, no tuvieron que perder un solo día.

Chaillu aprovechó la tarde para visitar algunos de sus amigos, y particularmente al esforzado Mpomó, que le había acompañado muchas veces en sus cacerías, dando en ellas pruebas de un valor y de una inteligencia poco comunes en los negros.

A medida que se aproximaba á la casa de Mpomó, oía un ruido confuso, y poco despues distinguió perfectamente el funesto sonido del *tam-tam* (tambor) de

las calderas y los martillos, que es el remedio de que se valen para curar á sus enfermos.

Chaillu concibió una viva inquietud por la vida de su amigo Mpomó, apretó el paso, y en efecto, le halló gravemente enfermo.

Un gran número de amigos rodeaban su cama, haciendo el mas horrible estrépito, para ahuyentar el espíritu malo, *Aniembá*.

Al ver á Chaillu, suspendieron la operación.

Mpomó abrió los ojos, y al distinguir al *tamgani*, le dirigió un ademán amistoso, y le dijo con voz apagada:

—¡Chally, sálvame, porque me muero!...

Chaillu le pulsó atentamente y comprendiendo que la enfermedad de Mpomó era incurable, le explicó que carecía del poder de salvarle, que su vida, como la de todos, dependía de Dios y que debía encomendar su cuerpo y su alma á aquel mismo Dios Todopoderoso.

Pero Mpomó y cuantos le rodeaban creían firmemente que Chaillu podía salvarle; así es que insistieron porque les diese un remedio.

El *mburi* hizo que le acompañasen á la cabaña donde se hospedaba, abrió uno de sus cofres y les entregó un cordial para el enfermo, cordial que debía mitigar sus sufrimientos.

Al mismo tiempo, y para que el pobre Mpomó pudiese morir en paz, encargó que no hiciesen el menor ruido cerca del enfermo, pues de lo contrario, perdería su eficacia aquel remedio.

Poco despues, mirando por su seguridad, conociendo como conocía el carácter desconfiado de los negros, llamó á algunos de ellos y les declaró que Mpomó moriría infaliblemente.

Esta declaración no tenía mas objeto que impedir que despues le hiciesen responsable de la muerte del enfermo, acusándole de hechicero.

Con esto llegó la noche y empezó la ceremonia para consultar al gran espíritu de la luna, *Ilogo*.

Todas las mujeres de la aldea se reunieron delante de la real cabaña de Quengueza, y entonaron sus cánticos en honor de Ilogo, el espíritu de *Oguayly*, ó sea de la luna.

Una de aquellas mujeres situada en el centro del círculo que formaban las demás, cantaba y bailaba con sus compañeras, pero sin apartar ni un momento la vista del astro de la noche, esperando que el espíritu la inspirase y le dictase las palabras proféticas que todos aguardaban ansiosamente.

Cuando se hubo fatigado aquella mujer la reemplazó otra y luego otra. Era esta una negra vieja, pequeña, flaca y nerviosa.

En cuanto se hubo sentado en el círculo, continuó el interrumpido canto, aumentando en viveza, de manera que la animación llegó á ser extraordinaria.

Al poco tiempo uniése á las voces de las mujeres el sonido del *tam-tam*, y los cantos de guerra con sus aullidos salvajes.

La mujer del centro, que seguía cantando y contemplando la luna, empezaba á temblar de pies á cabeza: sus nervios se contrajeron terriblemente; descompúsosela el semblante y acabó por caer al suelo, víctima de una tremenda convulsión.

Con esto la exaltación de aquellas mujeres-fieras y el ruido llegaron á su colmo: los cantos á Ilogo se convirtieron en una tempestad de gritos.

Hé aquí la letra de una de las estrofas que cantaban.

¡Ilogo, nosotras te invocamos!
Dinos quién ha hechizado al rey.
¡Ilogo, nosotras te invocamos!
¿Qué debemos hacer para curar al rey?
¡Los bosques son tuyos, Ilogo!
¡Los rios son tuyos, Ilogo!
¡La luna te pertenece!
¡Oh, luna! ¡luna! ¡luna!
¡Tú eres la morada de Ilogo!
¿Morirá el rey, Ilogo?
¡Oh, Ilogo! ¡Oh, luna! ¡Oh, luna!

Aquellos pobres ignorantes creían firmemente que la mujer desmayada había visto durante su desvanecimiento lo que sucedía en el reino de Ilogo, y que les daría cuenta de ello cuando recobrase los sentidos.

Media hora despues volvió en sí, y aunque estaba muy abatida declaró en medio del mas profundo silencio que había visto á Ilogo; que éste la aseguró que el rey Quengueza no estaba hechizado, y que sanaría con un remedio extraído de cierta planta, que designó por su nombre.

Inmediatamente corrieron desalados al bosque en busca de la planta milagrosa, y una hora despues marchaban algunos negros al territorio ocupado por el pueblo bakalés, llevando la vida á su rey Quengueza.

Chaillu se retiró á su casa y durmió profundamente, hasta que al amanecer le despertó un concierto de ayes, lamentaciones y gemidos.

Era que el pobre Mpomó había fallecido durante la noche.

Chaillu salió de su cabaña y se dirigió á la de su desgraciado amigo.

¡Ay! Sus temores eran fundados: ¡Mpomó acababa de espirar!...

Cuando un commi se halla moribundo, es costumbre establecida y á la que no puede faltarse, que su



primera mujer se arroja sobre la cama del enfermo, le estreche entre sus brazos, le cante canciones amorosas y le prodigue las ternuras y caricias mas apasionadas, al mismo tiempo que sus ojos se convierten en dos fuentes de lágrimas.

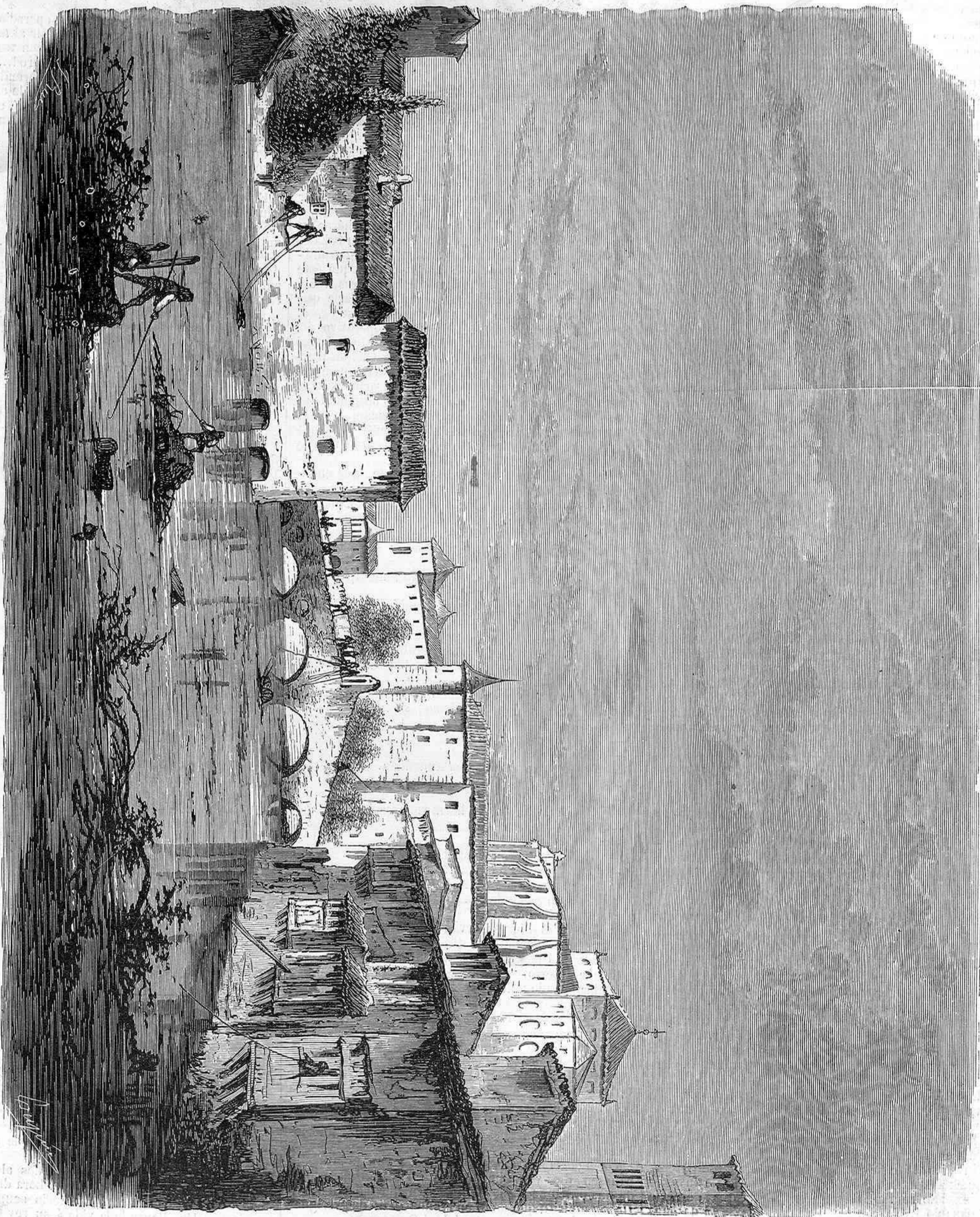
Todo esto se practica en presencia de los parientes y amigos que rodean al agonizante y le ayudan á mal morir con disparos, tambores, calderas y gritos.

Cuando Chaillu llegó á la casa de Mpomó habia cesado ya todo aquel estrépito, y solo se oían los cantos

de despedida de sus mujeres y parientes, cantos realmente lúgubres y medrosos, realizados con la presencia del cadáver.

La letra de esos fúnebres cantos es casi siempre la misma, y tiene por base estas palabras:

DESASTRES DE VICH.—VISTA TOMADA DESDE LAS TENERIAS. (DIBUJO DEL SEÑOR PADRÓ.)



«Todo ha concluido: ¡ya no resta esperanza! ¡Nosotros, que le amábamos, no volveremos á verle!»
Estos cánticos espresan realmente el grito de la desesperacion.

Algunas horas despues se habló de hechicería, y Chaillu, sabiendo cuán estimado de todos era Mpomó, comprendió que iba á presenciar una escena terrible.

Por el pronto solo se cuidaron del cadáver.

Colocáronle en una piragua, entraron en ella varios

de sus amigos, y el cortejo fúnebre se dirigió al cementerio de los habitantes de Gumbi, establecido á 50 millas de distancia de la poblacion.

Al mismo tiempo marchó con un mensaje misterioso para el rey Quengueza, uno de los parientes del finado, el cual debía regresar dos dias despues.

Como Mpomó era grande amigo de Quengueza, creyóse generalmente que aquel emisario no tenia otra mision que la de darle cuenta de lo ocurrido.

El duelo duró dos dias. Es imposible describir el profundísimo dolor de que en ese tiempo dieron pruebas las desconsoladas viudas de Mpomó. Viéndolas se adivinaba que habian adorado á su marido, y muerto éste, solo podia compararse su desesperacion con los cuidados y las ternuras de que le rodearon durante su enfermedad. ¡Cosa singular! ¡Aquellas mujeres, entregadas á su afliccion, no dieron el menor indicio de tener celos las unas de las otras!.

Desgraciadamente los que han estudiado y conocen la falsedad del carácter africano, se muestran muy inclinados á creer que esas escenas de dolor y desesperación son únicamente comedias exigidas por las costumbres y las circunstancias.

No puede ser de otro modo: la esposa que manifiestase frialdad ó indiferencia ante el cadáver de su esposo, sería acusada de hechicería, lo cual equivale á la muerte.

Terminadas las ceremonias del entierro y del duelo, procedióse al momento á averiguar quiénes eran los autores del hechizo ó encantamiento que había puesto fin á los días de Mpomó.

¿Cómo podían creer los pobres negros, hijos mimados de la mas grosera ignorancia, que un jóven robusto, alegre y feliz como Mpomó, hubiese muerto de muerte natural?

Inmediatamente llamaron á un sabio y temido doctor, que de ordinario moraba en el rio Superior, y le consultaron acerca del particular.

El doctor ó uganga invirtió dos días en las mas grotescas escenas de adivinación y conjuro, escenas de que daremos mas detallada cuenta en los siguientes artículos destinados á relatar lo que es la superstición entre los negros; y el tercer día, cuando comprendió que todo el pueblo había llegado al colmo de la efervescencia y del furor, hizole acudir á la plaza.

Todo el mundo, jóvenes y viejos, hombres y mujeres, acudieron rugientes, amenazadores, respirando venganza y pidiendo á gritos los nombres de los hechiceros.

Todo aquel pueblo, tempestuoso, amotinado, ardiente, estaba armado de pies á cabeza con lanzas, dardos, cuchillos, hachas y fusiles, y en todos los semblantes se veía pintada la rabia, hija del deseo de aniquilar á los criminales.

La atmósfera estaba cargada de sangre y de crímenes.

Chaillu quiso hablar, quiso intervenir y calmar los ánimos; mas por primera vez desde que se hallaba en Africa se vió desatendido, desdeñado.

Limitóse, pues, á ser espectador de los horrores que se preparaban, lamentando la ceguera de aquella gente y la casualidad que había alejado de Gumbi al buen rey Quengueza.

Sin embargo, en el momento en que el uganga iba á empezar su obra de sangre, Chaillu llamó á uno de los

jefes y le hizo presente que se quejaria al rey y le pedir a el castigo de los culpados.

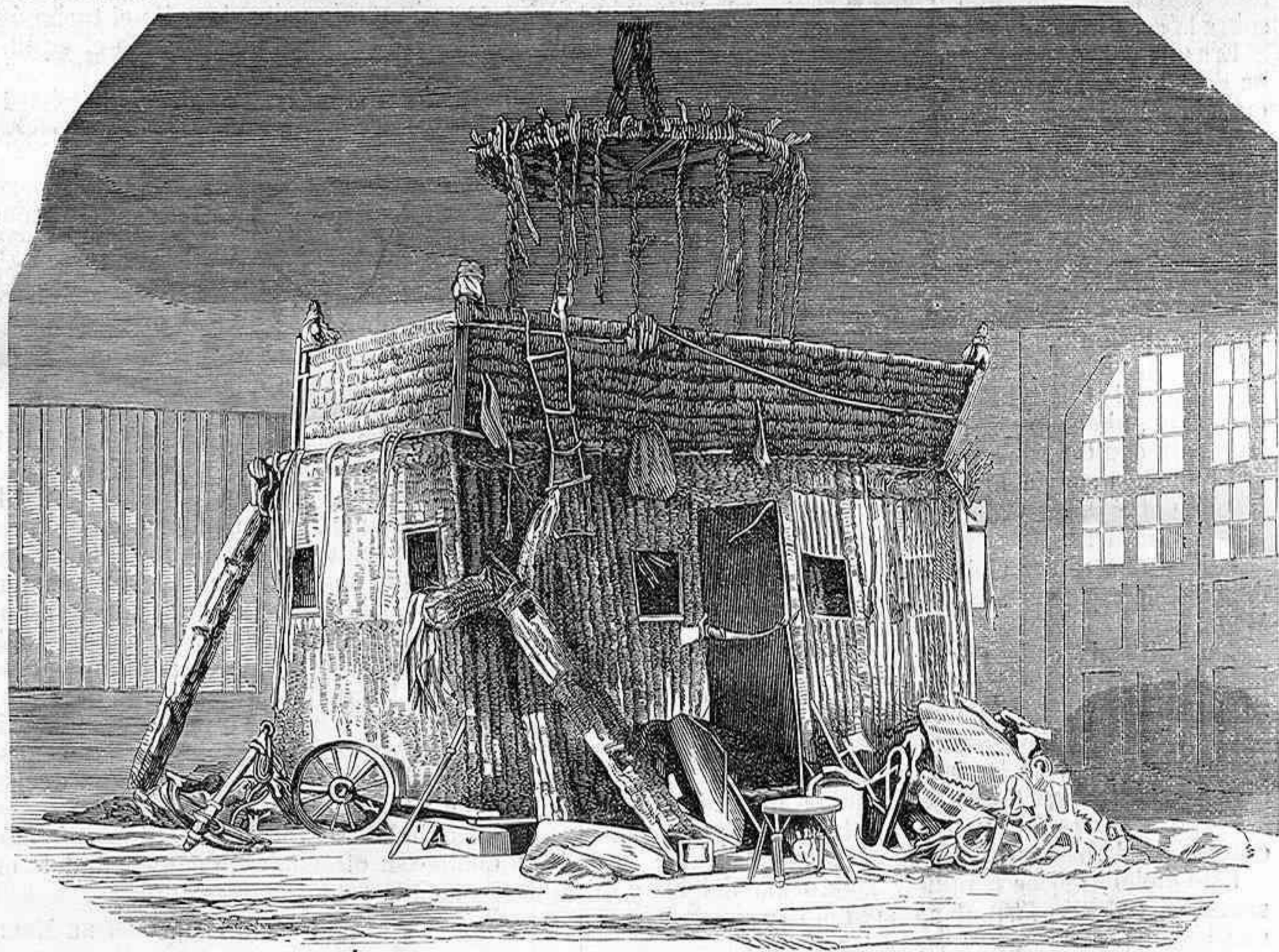
Pero los negros son muy astutos y contestaron que había regresado ya el mensajero que enviaran á Quengueza, con autorización para buscar á los hechiceros y esterminarlos sin piedad, fuesen quienes fuesen.

El terrible doctor continuaba entre tanto sus gestos

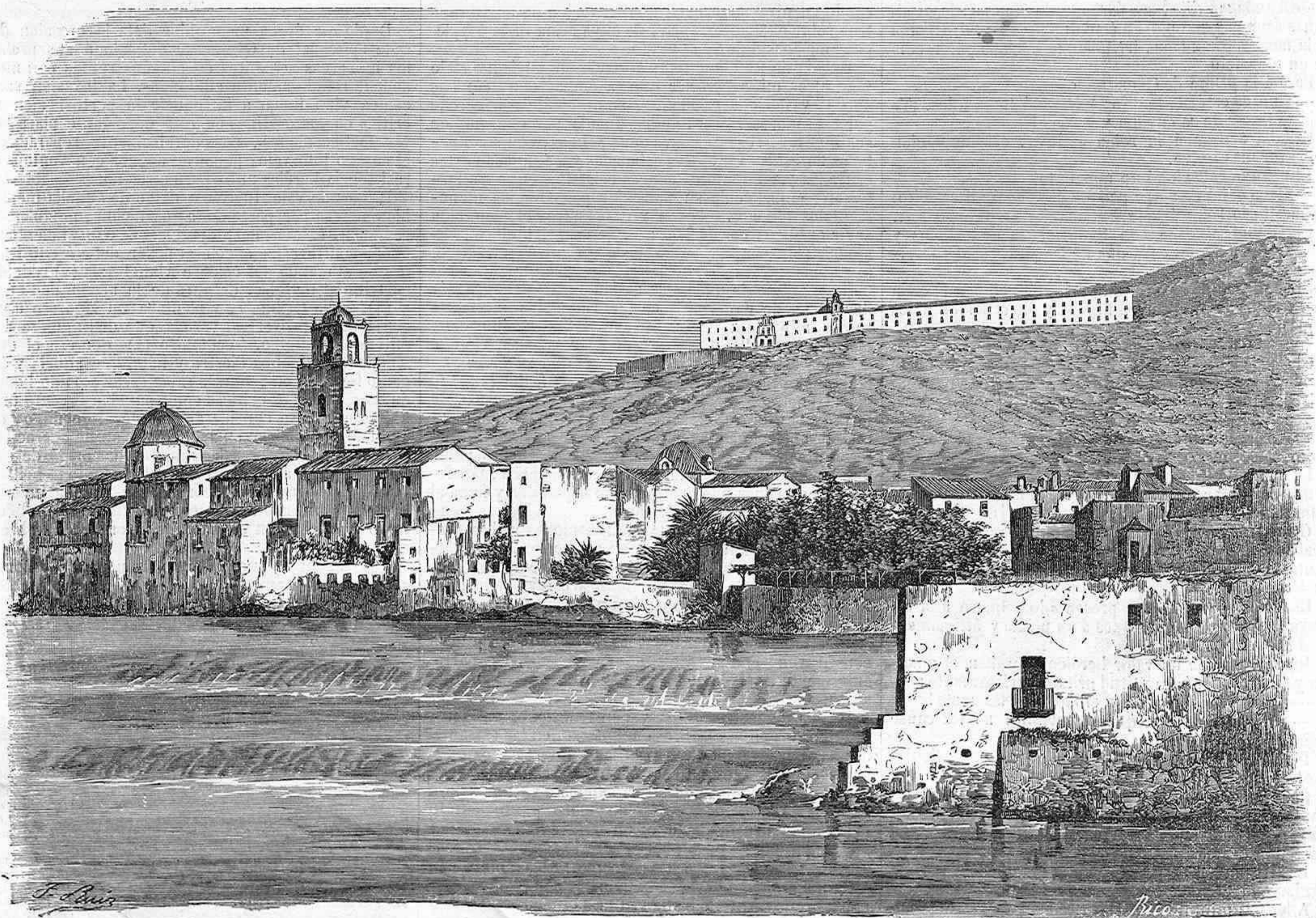
y sus aspavientos: de pronto hizo una señal y la multitud, estremecida, guardó un profundo silencio, interrumpido al momento por la ronca y estridente voz del operador.

—¡Hay aquí, dijo, una mujer muy negra, que vive en una casa, inmediata por el lado del sol, á la del mbuiril! ¡Esa mujer ha hechizado á Mpomó!

Apenas hubo oido estas fatídicas palabras, aquella



LA BARQUILLA DEL GLOBO NADAR DESPUES DE LA CATÁSTROFE. (DE FOTOGRAFIA.)



VISTA DE ORIHUELA.

muchedumbre, aullando como fieras, se precipitó sobre la casa indicada y se apoderó de su presa.

Era una pobre muchacha llamada Okandaga, hermana de Aduma, amigo de Chaillu, su guía y compañero cuando salía a cazar.

Todas las armas estaban asestadas contra su pecho interin que tres ó cuatro de los mas furiosos la agarraban: despues la levantaron en peso y semejante á una tromba, toda aquella muchedumbre corrió á la orilla de rio, depositó allí á la infeliz y regresó á donde estaba el uganga.

Cuando aquel enjambre de endemoniados pasaba por delante de Chaillu, llevando en volandas á la infeliz Okandaga, vióle ésta y le gritó con acento desgarrador:

—¡Chally! ¡Chally! No me dejes morir!

Chaillu, abogado por el dolor, volvió la cara á otro lado para ocultar sus lágrimas. ¿Podía hacer otra cosa?

El uganga seguía operando; hizo otra señal, restableció el silencio y de sus labios brotaron estas palabras siniestras:

—Hay una mujer vieja, que vive detrás de la casa del rey, de espaldas al sol: esa mujer ha hechizado á Mpomó.

La multitud, cada vez mas furiosa, corrió al sitio indicado y se apoderó de una prima del rey Quengueza, una digna y venerable mujer.

Cuando aquellos condenados la rodearon, rugientes y amenazadores, se levantó con fiereza y mirándolos cara á cara, los apartó con un ademán, diciéndoles.

—¡No me toqueis: yo beberé el *mbundu* y si no succumbo, desdichados de los que me acusan!

Esto dicho, dejóse conducir á la orilla del rio y se sometió á todo sin formular una súplica, sin derramar una lágrima.

¡Corría por sus venas sangre real!...

El pueblo rodeó por tercera vez al tremendo doctor; y por tercera vez habló éste para lanzar otra sentencia de muerte.

—¡Hay una mujer con seis hijos que vive en la lancha del lado del sol, lindando con el pueblo: esa mujer ha hechizado á Mpomó!

La espantosa gritería de la muchedumbre resonó por tercera vez. Aquella mujer era una de las esposas del rey Quengueza, aunque esclava: ¿mas que importaba esto?

El doctor abandonó su puesto y siguió á la multitud hasta la orilla del rio, donde esperaban las tres acusadas que se consumase la sentencia.

Faltaba además que el uganga declarase la causa por qué aquellas mujeres habian hechizado á Mpomó.

—Okandaga, dijo, era pariente de Mpomó: hace algunas semanas que pidió á éste una poca de sal: Mpomó se la negó y Okandaga, irritada, le hechizó por medio de un maleficio.

Pasó á la prima de Quengueza.

—Tú eres estéril, le dijo; y Mpomó tenia hijos. ¡Te dejaste llevar de la envidia y le hechizaste!

Faltaba acusar á la reina esclava: esta acusacion debía ser mas grave.

El uganga reflexionó un momento.

—¡Hace ocho dias que pediste á Mpomó un espejito: Mpomó te lo rehusó y le has matado en venganza!...

El pueblo saludaba con tempestades de aullidos y salvajes maldiciones cada una de las palabras del terrible doctor.

Era aquella una escena indescriptible, en la que cada cual trataba de esceder en fiereza y en crueldad á los demás.

Algunos minutos despues las tres mujeres fueron trasladadas á una piragua, en la que estaban ya el doctor y algunos hombres armados.

Tocaron el tam-tam y prepararon el *mbundu*, ó sea el veneno.

El encargado de tener la copa era Quabi, el hermano mayor de Mpomó.

La pobre Okandaga, al ver el terrible veneno, dió un grito de espanto; la prima de Quengueza palideció intensamente á pesar del color de su cutis.

Otras tres piraguas llenas de hombres armados rodeaban á la que ocupaban las acusadas, segun lo representa la lámina publicada en el número anterior de EL MUSEO UNIVERSAL.

El infernal brevaie fue presentado primero á la esclava de Quengueza, despues á su prima y últimamente á Okandaga.

Interin que con un valor heróico apuraban el amargo y fétido licor, la multitud gritaba furiosamente:

—¡Si son hechiceras que el *mbundu* las mate!

—¡Si son inocentes que el *mbundu* no les cause daño!

Pero el *mbundu*, segun lo esplicamos en artículos posteriores, es un veneno terrible, ¡mortal de necesidad!

Chaillu confiesa que jamás ha visto escena mas espantosa: aunque el terror le helaba la sangre en las venas, seguía con la mirada todos los detalles de aquel horrendo drama...

Las tres mujeres habian bebido el veneno y permanecian en pie.

A los dos minutos la esclava vaciló y cayó; mas antes de que su cuerpo tocase al fondo de la piragua, la levantaron, y su cabeza, desprendida del tronco, cayó al agua.

No se oyó un solo grito. Llegó el turno á la prima de Quengueza; apenas hubo perdido el equilibrio, su sangre enrojó las aguas del rio...

En el interin la pobre Okandaga vacilaba, luchando contra los efectos del veneno y del terror que le helaba el corazon.

Esfuerzos inútiles: el *mbundu* es una ponzoña que no respeta á nadie. Cayó, y el sangriento cuchillo se hundió en sus carnes.

¡Entonces sucedió una cosa aun mas horrenda! Todos aquellos hombres, ébrios de furor y de cólera, se precipitaron sobre los tres cadáveres armados de hachas, lanzas y cuchillos; y un momento despues solo quedaba allí un monton informe de carne y de hueso, triturados, nadando en sangre.

La multitud se dispersó en silencio, y Chaillu, profundamente desesperado, se retiró á su casa, donde le esperaba ya Aduma, hermano de la pobre Okandaga.

El infeliz Aduma, con la muerte en el corazon, habia tenido que tomar parte en aquella horrible orgía de sangre para que no alcanzase á él la acusacion.

Al ver á Chaillu se echó en sus brazos llorando, y cual si hablase en nombre de todo aquel pueblo grosero é ignorante, dijo al que en aquel momento representaba allí á la civilizacion cristiana del siglo XIX:

—Oh, Chally; cuando volvais á vuestro pais, decidle que nos envíe hombres sabios para que nos enseñen á todos esas dulces palabras que segun decís salen de la boca de vuestro Dios...

Aduma aludia á la Biblia; Chaillu se ofreció á hacerlo, y cumple su ofrecimiento consignándolo en el libro que nos facilita estos terribles apuntes.

FELIPE CARRASCO DE MOLINA.

ORIHUELA GEOGRÁFICA, HISTÓRICA,

ESTADÍSTICA Y MONUMENTAL.

I.

En la pintoresca vega de Murcia, sobre las riberas del Segura, que la atraviesa de Oeste á Este por su centro y al pie de una elevada montaña caliza al Norte, asienta en la provincia de Alicante, á 9 leguas de esta capital y á 26 $\frac{1}{2}$ de la de Valencia, á cuyo antiguo reino pertenece la antiquísima ciudad de Orihuela, cuya posicion geográfica es 2° 49' longitud Este del meridiano de Madrid, y 38° 0' 30" latitud Norte, marcando su nivel superficial una elevacion de 56,79 metros sobre el Mediterráneo, de cuya costa dista $4\frac{3}{4}$ leguas marinas ó de 20 al grado.

Dotada de un clima templado, de un purísimo cielo y de otros mil accesorios que la embellecen, con sus verdes y floridos cármenes, su ambiente refrigerado por las sonoras brisas, embalsamada por el aroma de sus huertos, rosales y africanas palmas, con sus dilatadas florestas, umbrosas arboledas y fecundas huertas cruzadas por bullidores cáuces cristalinos que las fertilizan; embellecida su poblacion por edificios monumentales que la orgullecen y dan lustre, el panorama enciclopédico, por decirlo así, de esta magnífica combinacion de contrastes adquiere un lujoso atractivo, imprimiéndole un tinte oriental que encanta.

No es propio de un simple artículo histórico-geográfico ni puede encerrarse en tan reducidos límites la reseña minuciosa de cuanto en tal concepto concierne en su alto grado de importancia al asunto que produce estas líneas, limitándose el que suscribe, en cumplimiento del encargo con que se le ha honrado por la ilustrada direccion de EL MUSEO UNIVERSAL, á formular un breve extracto sustancial que baste á dar una idea colectiva y concreta de ese mismo asunto interesante, como que resume una de las bellas páginas tradicionales de esta romancesca España, tan fecunda en hechos que enaltecen su esplendor y fama al través de las edades históricas.

Presencia codiciada de cuantas dominaciones se han disputado en todos los tiempos, en medio de una implacable lucha de ambiciones el dominio de las regiones ibéricas, Orihuela desde su tenebroso origen viene figurando en buen orden, jugando un importante papel en todas las revoluciones políticas que ha registrado en sus fastos la crónica en todas las diversas épocas que la constituyen, con sus vicisitudes y alternativas, particularmente desde la época greco-romana hasta la presente.

Restos de monumentos y construcciones antiguas, diseminados en la escabrosa montaña, en las espianadas irregulares ó elípticas y en las cumbres próximas, sorprendiendo á los anticuarios, han parecido de origen romano, y como tales, les han supuesto vestigios de la existencia variada de la poblacion en otro punto distinto del que hoy ocupa; lo cual es un error á todas luces demostrado, pues que si bien el caserío replegábase mas que hoy hácia la raiz y primer término de la montaña, sin estar tan prolongado y diseminado hácia la vega, no ocupaba, propiamente hablando, una posicion tan variada como se ha pretendido en aquellos remotos tiempos; correspondiendo dichos restos á construcciones de mera defensa, á atalayas, templos, cuarteles militares, vicos,

obras de castrametacion y almacenes ó depósitos de efectos de guerra, todo lo cual pudiera tal vez, segun las mejores conjeturas, formar parte del sistema estratégico de la plaza y que se dieran la mano con los dos imponentes castillos que mas adelante se construyeron sobre dos altos y escarpados cerros, de los cuales aun ahora se notan grandes vestigios, y que todavía desempeñaron un importante papel, sobre todo, en la edad media.

II.

La fundacion primitiva de Orihuela se pierde en la oscuridad de los tiempos, y hablando en verdad, durante las dominaciones romana y sarracénica y sus alternadas restauraciones ha ido reedificándose, estendiéndose y mejorándose en progresivo incremento, sufriendo en alto grado las consecuencias y vicisitudes que marcan los períodos de exaltacion y decadencia de esta nacion magnánima tan trabajada por las disensiones civiles y por las revoluciones que tan repetidas veces han puesto á prueba su heroísmo y virtudes.

Con respecto á su nomenclatura, es infinito el catálogo de las denominaciones que la aplican los cronistas. Se la ha llamado Orceles, Virgilia, Auriela, Aurivalet, Auriulla (1), etc., cuyos dictados, no todos convienen á la misma: suponiéndola el gran Ptolomeo, único entre los geógrafos mayores, comprendida, no sabemos con qué fundamento, en la Basitania romana, mientras que otros la colocan en la Contestania; asercion que tampoco se ajusta exactamente á la consecuencia geográfica. Lo cierto es que en las escavaciones incidentalmente practicadas en las inmediaciones de su radio se han hallado medallas con el busto de algunos emperadores romanos, inscripciones y lápidas conmemorativas de la misma época, correspondientes á las colonias latinas *Illice*, *Emporias*, y de otros municipios, tales como *Turiaso*, *Orce*, etc.

Los sacudimientos que produjera la agonía del imperio romano, las invasiones de los bárbaros del Norte, la reaccion político-moral que ocasionara esa serie de trastornos y de irrupciones, esos turbulentos períodos de transicion que hicieron pesar sobre los destinos del pueblo su yugo de hierro, comprometieron gravemente la existencia normal de Orihuela, hasta que al fin, andando el tiempo y bajo la dominacion gótica pudo sacudir en partes su prolongado marasmo y reverdecer de nuevo su savia vital, avivada por la civilizadora antorcha del cristianismo que le diera notable incremento.

III.

Desde esa época memorable data la creacion de la sede episcopal de Orihuela, dotando á sus prelados los monarcas reinantes de pingües rentas é inmunidades, religiosamente cumplidas. La invasion sarracénica vino luego á introducir la perturbacion mas crítica en los destinos de esta importante plaza, cuyas fortificaciones, considerablemente reparadas en el pasado intervalo, pudieron oponer con ventaja una resistencia heróica al bárbaro africano.

Rasgos de valor increíble datan de aquella memorable empresa por parte de la guarnicion, notablemente reducida, exigua, desproporcionada é insuficiente para poder contrarrestar el colosal poder del ejército islamita que al mando del célebre Abd-el-Azis (2) redoblaba su triunfal marcha, despues de la accion de Catarroja (3), hácia Orihuela, y plantaba un rigoroso asedio con toda la proverbial pericia que distinguiera á tan entendido caudillo. Teodomiro (4), que era el de los sitiados, no menos diestro y hábil que aquel, y cuyo genio fecundo en recursos sabia sacar partido honroso de las situaciones críticas como aquella, inventó un ardid que impuso considerablemente al enemigo, obligándole á modificar su táctica y plan de operaciones. Disfrazó de soldados á las mujeres, las armó de cañas que reflejaron á los rayos del sol naciente el brillo supuesto de las armas, y coronó con aquella ingeniosa hueste el torreado muro, con intento de sorprender al moro, aiarmado en verdad ante una muchedumbre tan numerosa.

Consecuencia, pues, de esto fue un tratado honroso celebrado entre ambos jefes, cediéndose por parte de los

(1) CREDENCIALES NOBIL. DE ARAGON.

(2) *Abd-el-Azis*, hijo de Muza. Llego asyuran algunos autores que renegó en secreto, por obtener á tal condicion los anores de una dama cristiana, lo cual no merece otro crédito que el de tantas otras leyendas que la tradicion nos transmite de aquellos oscuros y confusos tiempos. Su nombre propio entre los suyos era el Emir *Abd-el-Azis-Muef*, *Edris-ben-Maicra*, *Habid-ben-Abi-Omeida*, *Otinav-ben-Abi-Abilah* y *Abul-Casem-el-Mocli*.

(3) Los cristianos de Denia, Orihuela, Valencia y Alicante, libraron á los moros una batalla campal que perdieron aquellos en las inmediaciones de Catarroja.

(Nota de referencia del autor en su HISTORIA GENERAL DE ALICANTE, pág. 85).

(4) *Tadmir-ben-Gobdos*, que se traduce: *Teodomiro*, hijo de los Godos, llamado así por los árabes, por el tratado celebrado, segun ya diremos, delante de los muros de Orihuela entre este bravo general de don Rodrigo y el no menos afortunado de aquellos, ya dicho, á 4 de redjeb, año 94 de la Egira (5 de abril de 715).

Fue godó de nacion y cristiano de nacimiento. Luego se dice que renegó de la fé, pasándose á los árabes y haciendo notable y escandaloso estrago en los cristianos, formando parte del impio triunvirato con don Julian y don Oppas, centro directivo de aquella causa odiosa é incapaz de ser justificada jamás. Nos abstemos, pues, de afirmar esta especie.

(Nota de referencia de la obra del autor ya citada anteriormente).

sitiados á la presión de las circunstancias, y por medio del cual, ratificando el pacto condicional convenido en Alicante pocos días antes, formábase un pequeño estado feudal bajo el cetro de Teodomiro, lugar-teniente entonces del gran Pelayo, que dominara en las montañas cantábricas. Este reducido reino se componía de siete poblaciones limítrofes (1), inclusa Orihuela, capital del mismo, si bien todo ello á trueque de condiciones recíprocas (2).

(Se continuará.)

La biblioteca Ambrosiana de Milan, acaba de sufrir una pérdida considerable. Todo un gran legajo de *Cartas autógrafas de los Médicis, con los duques de Milan desde 1496 á 1510*, ha sido vilmente robado. Se han tomado todas las medidas necesarias para que pueda saberse y perseguir al culpado, tan pronto como estos preciosos documentos sean ofrecidos en venta en Francia, en España, Inglaterra ú otras naciones. La falta la notó el marqués de Adda, uno de los bibliófilos mas notables de Milan.

La Comisión Científica del Pacífico, parece que deberá hallarse de regreso en nuestra patria en el próximo mes de enero. Consigo traerán nuestros comisionados el complemento de las remesas que ha recibido aquí la Comisión nombrada al efecto, y para entonces parece se celebrará la exposición de todas las colecciones. Dícese si mas adelante se verificará el viaje científico de los señores Aguilar, Janer y Calvet, reunidos á la misión diplomática que debe llevar á Pekin nuestro enviado extraordinario don Sinibaldo de Mas. Creemos que la misión diplomática se llevará á efecto, pero no la científica.

En estos últimos días han llegado noticias de los naturalistas embarcados en la escuadra española que recorre las costas del Pacífico, y segun ellas, parece que el día 9 de octubre fondearon nuestros buques en la hermosa bahía de San Francisco de California, despues de cuarenta y cuatro días de navegacion ó enjaulamiento para nuestros científicos. Estos se quejan de que el rigor de la ordenanza de noventa y tantos, no permita á los marinos facilitarles el servicio necesario para saltar á tierra á menudo, y poderse dedicar así á sus investigaciones. Hubo muy mala direccion en esta desgraciada empresa, pues si habia de ser científico-política, debieron haberse combinado las cosas de modo que ambos intereses quedaran plenamente satisfechos. El resultado ahora, es que nos hemos puesto en evidencia en toda Europa, despues de haber cacareado tanto una expedicion científica tan mal pergeñada, en que la nacion habra gastado buen dinero con muy poco fruto, y en que la reputacion de nuestros naturalistas quedará á cero, por culpa de los que debieran haber dado mucha mas importancia á un asunto tan grave.

Cuando en otros países se han organizado expediciones de esta clase, los buques han ido á las órdenes de los científicos, y no estos sujetos á la ordenanza del marino militar. Segun parece, por el rigor de la ordenanza, quedará sin cumplir uno de los servicios mas importantes de la comision científica, cual era el haber recogido y traído á Europa para aclimatar y propagar animales y plantas vivas, útiles á las artes, agricultura, medicina, y en una palabra, al hombre. Ya no tenemos que esperar ser los introductores en nuestro continente de las quinas, de las vicuñas, los nandús, las chinchillas, los bisontes, y tantas otras plantas y animales utilísimos como esperaban recibir de nosotros todos los jardines zoológicos y botánicos, recordando que tambien á los españoles les deben Europa y América la introduccion y aclimatacion de mil otras producciones naturales. Nuestros abuelos fueron hombres mas útiles bajo este y otros puntos de vista, y sus expediciones, tanto militares como científicas, honrarán siempre al país que hasta de imitarles se ha olvidado.

La expedicion va á disolverse, segun parece, pero aun es tiempo de remediar algo. Mande el gobierno á los naturalistas y marinos que al recorrer las costas de la América meridional para pasar á Cuba, recojan todas las especies vivas, útiles para aclimatar en Espa-

(1) Estas fueron Aurinalet, Valentolat, Lrecau, Biscaret, Duscat, Atzhi y Mula, con cuyos nombres aparecen en el tratado, y que corresponden, al parecer, á las modernas Orihuela, Valencia, Alicante-Bigastro, Lorca, Aspe y Mula.

(Referencia del autor á su citada obra, HISTORIA GENERAL DE ALICANTE, pág. 86.—CREDENCIALES NOBILIARIAS DE ARAGON, números 172 y 200.

(2) Las principales fueron: 1.ª Que no se habian de profanar las iglesias ni perturbar los oficios divinos. 2.ª Que ningún cristiano debia ser violentado ni perseguido por sus creencias. 3.ª Libertad de propiedad y adquisicion de fincas, etc. Todo lo cual fue á cambio de cierto tributo anual, en metálico.

(Referencia del autor á su citada obra; Marmol, Basis, Mariana, Bendecho, CRON. INEDITA DE ALICANTE; BIBLIOT. ESCURIALENSY DE CASIB, tomo II, pág. 105; donde consta el texto arábigo original de este tratado.

ña, encargándose los primeros de traerlas á la península cuando regresen, y nos pondremos á cubierto de la mengua de nuestra honra y dignidad nacional.

DSHELLALEDIN.

CUENTO RUSO

(CONCLUSIÓN.)

Una hora despues estaba en casa de su nodriza, con la cabeza hundida en una almohada; se hubiera dicho que dormia, si sus profundos suspiros y sus sollozos no hubiesen dejado ver de tiempo en tiempo que su inmovilidad era la del padecimiento y no la del reposo. A sus piés estaba Emina que, con las manos juntas, fijaba en él una mirada llena de compasion.

Por la tarde se acercó un cosaco á la vieja nodriza y habló largo tiempo con ella, sin que el príncipe diera muestras de escuchar su conversacion.

Por fin se levantó.

—¿A dónde vas? le preguntó Fatima.

—Me vuelvo al valle. Quisiera asistir al casamiento de la hija de nuestro coronel.

—¿Tan pronto se celebra?

—Dentro de dos horas. Bonita pareja: la jóven es muy hermosa y él un buen mozo.

Dschellaledin levantó la cabeza.

—¿Y qué fiesta vamos á tener! prosiguió el cosaco; un tonel de aguardiente y diez toneles de cerveza: con esto hay para brindar á la salud de los recién casados y de su familia.

—¡No, no! ¡Eso no sucederá! gritó Dschellaledin. Al ver el uniforme de un oficial ruso, se alejó el cosaco. El príncipe se paseó de arriba abajo por el cuarto; su alma estaba en una lucha violenta.

—Emina, dijo á la jóven que estaba ante él como una esclava; ¿quieres hacerme un servicio?... un importante servicio... ¿el último quizás?

—Servirte es lo único que anhelo.

—Pues bien, ven, el tiempo es precioso. En el camino te explicaré lo que tienes que hacer.

La cogió en brazos, la puso junto á él á caballo y desapareció.

Pedro Belogradow estaba delante de su espejo, junto á una mesa llena de frascos, de pomadas, de peines, de sortijas y demás utensilios de tocador. Su rizado estaba concluido, magníficas alas de pichon flotaban por sus sienas y ya se habia puesto las medias de seda y los zapatos con hebillas; se hallaba seriamente ocupado con los detalles importantes de su tocado. Cuando el peluquero concluyó su obra, se puso el uniforme encarnado, se roció con agua de olor, se volvió tres veces delante del espejo y preguntó al criado si habia llegado el coche.

—No señor, contestó el criado.

—Mi hermano está insoportable; me hace esperar... En aquel momento le trajeron una esquela; al leerla se inmutó sobremanera.

—¿Quién ha traído esta carta?

—Una jóven tartara.

—Hazla entrar.

—¿Quién te ha enviado? ¿Quién ha escrito esta carta? La jóven hizo señas de que no entendía.

—Llamad al intérprete.

—Yo puedo serlo, dijo un jóven oficial que llegaba en aquel momento, adornado y perfumado como Belogradow.

—Llegas á tiempo, Alejandro; dime quién es esta jóven, ó mas bien esta bruja, que me trae esta carta.

—Una carta... en que te invitan á dar un paseo por el bosque con un antiguo amigo... y que amenaza, si no aceptas!...

—No sé que hacer.

—No hay que vacilar, es menester aceptar la invitacion; te permiten que lleves un testigo: yo iré...

—Pregunta á esa estatua de dónde viene y quién la envía.

—Esa estatua tiene, á fe mia, unos ojos magníficos. ¿De dónde vienes, niña?

—Del bosque.

—La respuesta es breve.

—¿Quién te envía?

—En el bosque lo sabrás.

—¡Ah! ¿es acaso una aventura?

—Muy desagradable, prosiguió Belogradow. Ves que estoy vestido y dentro de una hora hay que estar en la iglesia.

—Te prometen que no te detendrán mas de diez minutos. Tienes aun tiempo, y considera que si rehusas, saben aquí manejar el puñal.

—Tienes razon.

Belogradow volvió á leer la carta, cogió una pistola, se embozó en su capa y subió al coche con su compañero y la jóven que debia guiarlos. A unas dos verstas de distancia, hizo la jóven que se parara el coche y condujo á los dos oficiales al través de un espeso soto, hasta la orilla de una cascada, junto á la cual habia un jóven que llevaba el uniforme de oficial ruso.

—Bienvenido seas, dijo á Belogradow con acento irónico. Os doy las gracias por haber aceptado mi invitacion.

—¡Ah! ¡príncipe!...

—Me habeis conocido y no necesitamos mas esplicaciones.

—Al contrario, os ruego que me expliqueis lo que significan vuestras amenazas.

Dschellaledin arrojó su capa, y dijo, presentándole dos pistolas:

—La cosa es muy clara ¿no os parece?

—¿Estais loco? exclamó, ¿para qué esas armas?

—Porque no hay bastante sitio en el mundo para vos y para mí.

—Pero, en nombre del cielo, hace dos años que no nos hemos visto y estoy pronto á pedir os perdon por la injuria que os he hecho, pues ya sé que sois hijo fiel de Rusia.

—Soy hijo del diablo, á quien iré á ver muy pronto, si no vais vos antes que yo.

—¿A qué viene este duelo? dijo el camarada de Belogradow; si os ha ofendido mi amigo, estoy seguro de que os dará satisfaccion. ¿No se puede á lo menos aplazar el desafío? Habeis elegido mala hora; nos están esperando en una reunion.

—¡Ni un momento mas! dijo Dschellaledin, hé aquí dos pistolas; una sola está cargada; el señor hará el favor de darnos una á cada uno.

—Y contaré los pasos, añad ó el oficial.

—No, tiremos á quemaropa.

—Pero eso es un asesinato, exclamó el desventurado Belogradow. Vos sois quien me provocais y vos quien fijais las condiciones del duelo. Es contrario á toda regla.

—Teneis que aceptar estas condiciones, prosiguió Dschellaledin con acento firme. Ni una palabra mas.

—Pues no me batiré, no me batiré.

—¡Tú te batirás! gritó Dschellaledin, cogiéndole del brazo y blandiendo con la otra mano un puñal. Y su rostro estaba tan inflamado y su voz y su gesto eran tan imperiosos, que fue preciso ceder. Belogradow cogió maquinalmente de las manos de su testigo una pistola, y el príncipe tomó otra.

—Acuérdate de lo que te he encargado, de mi última voluntad, dijo el príncipe á la jóven, que cayó de rodillas y se cubrió la cabeza con el velo.

A la señal del testigo, los tiros se dispararon. Belogradow vaciló y cayó sin proferir ni una palabra. La bala le habia atravesado el corazon.

—¡Muerto! exclamó el oficial.

—¡Muerto! repitió el príncipe inclinándose hácia el cadáver.

—¡Ah! ¿qué dirá ella al saber esta catástrofe? Y volviéndose hácia Emina, le dijo:

—Vete á tu casa; gracias por lo que has hecho, nunca olvidaré tus servicios.

—Pero ¿adónde vas? Te matarán.

—Yo mismo no lo sé, á dónde voy; no pases cuidado por mí, y si no vuelvo, no me busques.

—Dschellaledin, murmuró la jóven, déjame seguirte; soy huérfana, no tengo ni padres ni amigos; no tengo á nadie mas que á tí en el mundo. Déjame...

—No puede ser, ya no tengo patria, y no puedo permanecer en Rusia. Vuelve á tu casa, toma lo que te he dado para mi amada; toma para tí mi caballo, mi dinero, todo cuanto poseo. Sé feliz, y reza por mí. Adios.

—¡Dschellaledin! ¡Dschellaledin! exclamó sollozando la jóven. Mas solo el eco respondió á sus gritos.

El casamiento se celebraba con pompa en el valle: la casa del coronel estaba llena de gente. Entre las mujeres cubiertas de los mas ricos adornos, se distinguia Ludmilla por su sencillo tocado y su hermosura. ¡Cuán bella estaba con su vestido blanco, su corona de mirto en la cabeza y su ramo de azahar en el pecho! ¡Con cuánto placer oia hablar á su querido coronel! El movimiento de la reunion se calmó poco á poco; los hombres se colocaron junto á las mesas de juego; las viejas se sentaron en los divanes; las jóvenes se pusieron á bailar. Todo estaba alegre, animado; solo una cara tenia una expresion siniestra: era la del testigo de Belogradow.

Bajo las ventanas se hallaba reunida una infinidad de gente de diferentes clases: rusos, tártaros, griegos, armenios, contemplaban la fiesta con curiosidad.

—Pero ¿dónde está el hermano del recién casado? preguntó una jóven.

—Parece que está enfermo: han dicho al coronel que esté sin cuidado.

—¿Qué le ha sucedido? Hoy le he visto yo: estaba alegre.

—Ya se ha concluido su alegría, dijo uno de los espectadores.

—¿Cómo es eso?

—Mañana se sabrá.

—Mira, dijo otra jóven, ¡cuán hermosos son los casados!

—¿A quién, pues, le matado? gritó con voz terrible un desconocido.

Estas palabras produjeron en la multitud profunda impresion; pero era de noche y no se podia distinguir la que las habia pronunciado.

—¿A quién, pues, le matado? gritó con voz terrible un desconocido.

Estas palabras produjeron en la multitud profunda impresion; pero era de noche y no se podia distinguir la que las habia pronunciado.

—¿A quién, pues, le matado? gritó con voz terrible un desconocido.

Estas palabras produjeron en la multitud profunda impresion; pero era de noche y no se podia distinguir la que las habia pronunciado.

—¿A quién, pues, le matado? gritó con voz terrible un desconocido.

Estas palabras produjeron en la multitud profunda impresion; pero era de noche y no se podia distinguir la que las habia pronunciado.

—¿A quién, pues, le matado? gritó con voz terrible un desconocido.

Estas palabras produjeron en la multitud profunda impresion; pero era de noche y no se podia distinguir la que las habia pronunciado.

—¿A quién, pues, le matado? gritó con voz terrible un desconocido.

Estas palabras produjeron en la multitud profunda impresion; pero era de noche y no se podia distinguir la que las habia pronunciado.

—¿A quién, pues, le matado? gritó con voz terrible un desconocido.

Estas palabras produjeron en la multitud profunda impresion; pero era de noche y no se podia distinguir la que las habia pronunciado.

—¿A quién, pues, le matado? gritó con voz terrible un desconocido.

Estas palabras produjeron en la multitud profunda impresion; pero era de noche y no se podia distinguir la que las habia pronunciado.

—¿A quién, pues, le matado? gritó con voz terrible un desconocido.

Estas palabras produjeron en la multitud profunda impresion; pero era de noche y no se podia distinguir la que las habia pronunciado.

ANTAÑO.



CADA CUAL CON SU CADA CUAL.

OGAÑO.



¡YA NO HAY PIRINEOS!

—¡Vaya! dijo un criado, alguno que habrá bebido demasiado.

Un hombre de alta estatura, con uniforme ruso, se abrió paso por medio de los curiosos y se acercó á la ventana.

El baile se habia concluido; Ludmilla salió del salon de baile y entró en otro cuarto, á donde la siguió el coronel. Dschellaledin estaba á algunos pasos de ellos; veia á aquella á quien habia sacrificado todo, contemplar con felicidad al jóven coronel y sonreírle con amor. Y él, el amante vendido, estaba allí por siempre privado de cuanto le habia pertenecido en este mundo, de la familia, de la patria, de su única esperanza, de su último consuelo.

En aquel momento de mortal dolor, no pensaba, sin embargo, en todos los bienes que habia perdido, en su miseria; tan solo pensaba en aquel amor que tan cruelmente le habia engañado.

Al dia siguiente por la mañana entraba Ludmilla en el comedor, y se disponia á hacer el té, cuando el testigo de Belogradow, acercándose al coronel, le dijo en voz baja:

—Quisiera hablaros.

—Hablad, no hay aquí ningun estraño.

—Coronel, no puedo esplicarme ante esas señoras. —¿De qué se trata? dijo el coronel dejando con pena su asiento.

El testigo le condujo á otro cuarto. En aquel momento anunciaron á Ludmilla que una jóven tártara queria ofrecerle un regalo de boda.

—Es estraño, dijo Ludmilla con turbacion, no conozco á ningun tártaro.

—Es costumbre del pais, dijo una de las señoras que se hallaban presentes. Hacedla entrar y veremos qué regalo os trae.

El criado introdujo á una hermosa jóven, cuya fisonomia tenia, sin embargo, horrible expresion; sus largos cabellos flotaban sobre sus espaldas, y su traje descompuesto estaba manchado de sangre. Se acercó lentamente á la mesa, se puso en frente de Ludmilla, y fijó en ella una mirada amenazadora, semejante á la de una nueva Medusa. Esta apartó los ojos, quiso hablar, mas no pudo articular ni una sílaba. La jóven tártara llevó la mano á su cintura, y arrojó sobre la mesa una cruz de oro atada con una cinta negra.

Ludmilla conoció la cruz de su madre. —¡Dschellaledin! ¡Dschellaledin! exclamó entonces, cayendo desmayada.

Al dia siguiente se dirigia un entierro al cementerio; los sacerdotes precedian al ataúd con velas y pendones; muchos soldados le seguian, y unos oficiales llevaban sobre unos almohadones las armas y las condecoraciones del difunto. Una música triste se mezclaba con el redoble de los tambores; infinidad de coches iban detrás de la comitiva.

No muy lejos de allí, á la orilla del mar, en medio de la maleza, se encontró otro cadáver, al que no se quiso dar sepultura. Las facciones del muerto estaban horriblemente desfiguradas, aunque en sus ojos medio cerrados habia aun una expresion de pasion y de dolor. En medio de su pecho estaba clavado un puñal, que su mano derecha apretaba fuertemente.

En vano Emina suplicó á todos los tártaros y rusos que sepultaran á aquel desgraciado. Los musulmanes no veian en él mas que á un renegado maldito del profeta; los cristianos lo rechazaban como á un hombre que se habia suicidado. El corazon generoso que los hombres habian destrozado durante su vida, estaba condenado despues de su muerte á ser despedazado por las aves de rapiña. Sola, su fiel amiga no le abandonaba; sentada en una piedra, junto al cadáver, apartaba las hojas secas que caian sobre su rostro, y ahuyentaba los cuervos que sobre él se precipitaban. Conmovero por el dolor de la jóven, quiso al fin un cosaco hacer un hoyo para aquel cuerpo abandonado. Se llevaron á la jóven al pueblo, de donde se escapó. Se la volvieron á llevar, y huyó por segunda vez. Los tártaros creyeron que estaba poseida del diablo y la dejaron libre. La pobre volvió á donde estaba enterrado Dschellaledin; ni las tormentas, ni la nieve pudieron alejarla de allí; dia y noche estaba allí, inmóvil y muda, recibiendo de tiempo en tiempo un pedazo de pan que algun transeunte le daba. Un dia la encontraron echada en el suelo, helada por la muerte.

El coronel Belogradow llevó a su jóven esposa á Petersburgo. En cuanto Anissia enviudó, se fué á vivir con ellos y continuó contando, á quien queria escucharla, la historia de sus dos casamientos y la muerte del principe tártaro.

Hace dos años ví en un salon de Moscou á una señora de unos sesenta años que tenia aun pretensiones de ser elegante y hermosa. Con las cartas en la mano hablaba con arrogancia á sus compañeros de juego; perdió 60 rublos, que se olvidó de pagar y regañó muy severamente á su nieta porque habia hablado mucho tiempo con un oficial de húsares.

—¿Qué se han hecho, decia, los principios de educacion? ¿En qué época vivimos? En mis tiempos no sucedia esto.

Aquella señora me ha parecido una de esas mujeres virtuosas que se han librado del naufragio de las costumbres del siglo pasado.

—¿Quién es esa severa guardiana de la inocencia? pregunté á una jóven que estaba á ma lado.

—¡Ah! amiga mia, esa buena señora ve una paja en el ojo del prójimo, y no ve una viga en el suyo.

Es la viuda del general Belogradow.

AVISO A LOS SUSCRITORES.

Desde el 1.º del corriente mes se halla espuesto, en la librería de los editores, calle del Principe, número 4, el cuadro ofrecido de regalo á los suscritores á EL MUSEO UNIVERSAL.

Este cuadro original de don Federico Ruiz, representa una preciosa *vista de Madrid* desde las afueras del lado del Sur.

Tiene de alto 4 pies y 5 de largo con un lujoso marco dorado.

Con este número se reparte á todos los señores suscritores los billetes que les han correspondido para la rifa de dicho cuadro, que se ha de celebrar en Madrid el dia 23 de diciembre de este año. Corresponde un billete á cada suscritor con seis números cada uno.

Se entregará el cuadro al que presente el billete que lleve el número igual al que obtuviere el premio mayor de la lotería que se ha de celebrar en Madrid el 23 de este mes.

Las reclamaciones se atenderán únicamente hasta el 22, víspera del sorteo.

OTRO.

Los que quieran recibir el *Almanaque de 1864*, se servirán renovar la suscripcion y se remitirá inmediatamente.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JOSE GASPÁR,
IMPRESA DE GASPÁR Y ROIG, EDITORES, MADRID, PRINCIPE, 4.